

MARCELLO SIMONI
LA
BIBLIOTECA
PERDIDA

Título original: *La biblioteca perduta dell'alchimista*
Originally published by Newton Compton Editori, 2012

Primera edición: 2014

© Marcello Simoni, 2012
© de la traducción: Bernardo Moreno Carrillo, 2014
© de esta edición: Bóveda, 2014
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-15497-31-8
D.L.: SE-69-2014
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	11
PRIMERA PARTE. EL CONDE DE NIGREDO	
Capítulo uno	17
Capítulo dos	36
Capítulo tres	50
Capítulo cuatro.....	60
Capítulo cinco	68
SEGUNDA PARTE. EL POSESO DE PROUILLE	
Capítulo seis	81
Capítulo siete.....	91
Capítulo ocho	104
Capítulo nueve.....	112
Capítulo diez	127
Capítulo once	136
Capítulo doce	149
Capítulo trece	157
Capítulo catorce	163
TERCERA PARTE. LAS TRES <i>FATAE</i> (HADAS O PARCAS)	
Capítulo quince	181
Capítulo dieciséis.....	192
Capítulo diecisiete.....	199

Capítulo dieciocho	208
Capítulo diecinueve.....	223
Capítulo veinte	231
Capítulo veintiuno.....	235
Capítulo veintidós	249
Capítulo veintitrés	257
Capítulo veinticuatro.....	264
Capítulo veinticinco	278
Capítulo veintiséis	290

CUARTA PARTE. ESPIRALES DE TINIEBLA

Capítulo veintisiete.....	295
Capítulo veintiocho	309
Capítulo veintinueve	321
Capítulo treinta	343
Capítulo treinta y uno	349
Capítulo treinta y dos.....	364
Capítulo treinta y tres.....	373
Capítulo treinta y cuatro	386
Capítulo treinta y cinco.....	394

QUINTA PARTE. LA COLA DEL PAVO REAL

Capítulo treinta y seis.....	411
Capítulo treinta y siete	422
Capítulo treinta y ocho.....	430
Capítulo treinta y nueve.....	443

Epílogo.....	449
--------------	-----

Nota del autor	455
----------------------	-----

Nota de agradecimiento	461
------------------------------	-----

*A Leo Simoni,
alquimista de la forma y el color*

PRÓLOGO

AÑO DEL SEÑOR 1227. DIÓCESIS DE NARBONA.
En su parte más elevada, la fachada de la vieja iglesia parroquial estaba rematada por una abertura circular por la que no entraba nunca la luz, ni siquiera en los días más soleados. Habría sido pretencioso definirla como un óculo; se trataba más bien de una cavidad moldeada por la intemperie, órbita de una gran calavera por donde se colaba el viento para jugar.

Asomada a esa abertura, una monja solitaria barría con la mirada toda la extensión del valle: las manchas verdes de los prados y las blancas de los rebaños. Movía las pupilas casi por inercia, indiferente a los signos de una primavera precoz. Era otra cosa lo que realmente llamaba su atención. Contemplaba el perfil de una época funesta, y estaba tan absorta que oía el repicar de las campanas de Saint-Denis que unos meses antes habían anunciado el regreso de Luis VIII a París.

El rey cruzado había regresado cadáver, envuelto en una piel de buey.



Pero la monja no compartía el sentir común; se negaba a ver en aquella desgracia la ineluctable llegada de la gran siega. No eran los jinetes del Apocalipsis los que entraban a hierro y fuego en su tierra, sembraban el miedo a la herejía y daban la palabra a los falsos profetas. Todo aquello no dependía de Dios, sino del género humano. Y en parte, también de ella.

Parpadeó en un intento por interrumpir la cadena de sus razonamientos; pero el incesante flujo y reflujo de éstos trajo a su memoria visiones de un infierno subterráneo donde los que sufrían no eran los muertos sino los vivos. Y durante unos instantes se sintió invadida por las tinieblas de Airagne...

Una voz femenina la hizo volver a la realidad, pero al principio no captó bien las palabras. Bajó la mirada hacia el patio y dirigió una sonrisa agradecida a la joven hermana que la llamaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó como si la hubieran sacado súbitamente de un sueño.

—Baje, *bona mater* —gritó la joven. Se estaba esforzando por parecer tranquila, pero su rostro delataba alarma—. Hemos encontrado otro.

«*Bona mater*», repitió para sus adentros la mujer asomada al óculo. Enemiga de alardear, no era una monja cualquiera. Era ella la que había infundido nueva savia a aquella vieja parroquia, transformándola en un refugio para mujeres piadosas, en un beguinato. Una ráfaga de aire fresco y de alivio para una tierra asolada por la guerra, y un modo de reparar en parte el mal hecho.

Se apartó ligeramente del óculo, lista para bajar.

—¿Estás segura? —quiso cerciorarse antes.

—Es un poseso, igual que los otros. —Olvidada de su habitual modosidad, la hermana de orden hablaba a grito pelado—. Lo hemos encontrado mientras bebía en nuestro pozo.

La monja se llevó la mano al pecho; la expresión de su rostro era dura como la de un soldado.

—¿Tiene los «signos»?

—Sí, los signos de Airagne.

La mujer no lo dudó, acudió rauda a unirse con su compañera mientras una tromba de pensamientos se arremolinaba en su mente. Tal vez los rumores que corrían por el pueblo eran finalmente ciertos: se estaba aproximando el Apocalipsis. Mientras bajaba las escaleras, no reparó en que acababa de salir de una pesadilla para entrar en otra peor: la pesadilla de la realidad.

PRIMERA PARTE

EL CONDE DE NIGREDO

Sabed, todos los que buscáis la sabiduría, que el principio de este arte —por el que muchos perecieron— es uno solo, considerado por los filósofos como el más poderoso y sublime de todos los elementos. Los estultos, en cambio, lo tienen en poca estima, como si fuera la cosa más vil del mundo. Pues bien, nosotros veneramos este arte.

Turba philosophorum, xv

Buscando la hermosa filosofía, hemos descubierto que consta de cuatro partes, y hemos descubierto también la naturaleza de cada una de ellas. Así, la primera parte se caracteriza por el negro, la segunda por el blanco, la tercera por el amarillo y la cuarta por el púrpura.

Libro de Comario y Cleopatra, v



UNA PARTIDA DE SOLDADOS AVANZABA POR LAS ORILLAS del Guadalquivir. Ignacio de Toledo los observaba desde un altozano, en el claroscuro del atardecer, tratando de averiguar los colores de sus insignias.

Se apeó del carro y se bajó la capucha que lo había protegido del sol durante las horas más calurosas —dejando ver unos ojos vivarachos y una barba de filósofo— y se dispuso a bajar la pendiente sin perder de vista las manobras de la facción armada. El único destino posible era una ciudadela fortificada, a poca distancia de Córdoba. Allí encontraría él —estaba seguro— lo que andaba buscando. Pero esa intuición lo inquietó, pese a no ser presa fácil de las sugerencias; antes bien, era un hombre de mente racional: le gustaba creer lo que podía comprender y desconfiaba de lo demás. Extraña actitud para un mercader de reliquias.

Una voz lo sacó de sus pensamientos.

—Pareces preocupado.

Miró en dirección al carro. Le había hablado su hijo Uberto, sentado en el pescante con las riendas bien sujetas. No más de veinticinco años, pelo negro y largo, y ojos vivos de tono ambarino.

—No, estoy bien. —Ignacio escudriñó de nuevo el valle—. Esos soldados portan las insignias de Castilla; deben de estar regresando a la guarnición del rey Fernando III. Debemos seguirlos; me gustaría departir con Su Majestad antes de que anochezca.

—No me hago a la idea. Nunca habría imaginado que un día iba a comparecer ante la presencia de un soberano.

—Pues hazte a ella. Desde hace dos generaciones, nuestra familia sirve a la Casa Real de Castilla. —Ignacio esbozó una sonrisa amarga y no pudo por menos de pensar en su padre, que había sido *notarius* del rey Alfonso IX. Pensaba en eso raras veces, pero cuando lo hacía dirigía rápidamente la mente hacia otra cosa, para alejar la imagen de aquel hombre pálido y enjuto que había pasado los mejores años de su vida, y de la vejez, en medio de la oscuridad de una torre garabateando en resmas sin número—. Te darás cuenta muy pronto de que ese «privilegio» acarrea más cargas que honores. —Suspiró.

Uberto se desperezó.

—He oído contar muchas cosas sobre Fernando III. Dicen que es un fanático de la religión, motivo por el cual lo llaman el Santo. Y que, en nombre de la cruzada contra los moros, está extendiendo sus feudos hasta el mediodía. Ahora se halla en guerra contra el emir de Córdoba...

Ignacio no dijo nada, atento de repente a un ruido de cascos al galope. Se volvió hacia oriente y vio a un caballero que se aproximaba a toda velocidad.

—Willalme ha vuelto —dijo dibujando un saludo en dirección al aludido.

El jinete los alcanzó, se detuvo delante del carro y bajó de un salto.

—He inspeccionado el camino principal y buena parte de los secundarios. —Empezó limpiándose el polvo de la cara y de sus largos cabellos rubios. Tras varios años viviendo en Castilla, su acento francés se había esfumado casi por completo—. Nadie nos ha seguido.

—Bien, amigo mío. —Ignacio le puso una mano en el hombro—. Ata el caballo al carro y sube. Nos ponemos en marcha.

El francés obedeció.

—¿Has descubierto dónde se encuentra el campamento del rey?

—Creo que sí —respondió el hombre acomodándose junto a Uberto—. No tenemos más que seguir a esa tropa —agregó señalando a una cuadrilla de hombres armados que se dirigían hacia el pequeño poblado—. Debemos llegar cuanto antes. Si nos sorprende la noche, toda la zona se llenará de forajidos.

Reanudaron la marcha. El carro se deslizó por el declive, tambaleándose con cada bache del camino, y se adentró en una vegetación cada vez más espesa y rica en palmeras a medida que se acercaba al río. Aunque eran los primeros días del verano, una ligera neblina mitigaba los colores de los viñedos lejanos.

Los tres compañeros siguieron la pista de los soldados y franquearon el río por un viejo puente de piedra sostenido por quince arcos, justo en el momento en que los hombres armados desaparecían tras las fortificaciones del poblado. Cuando iban a entrar ellos también, se cerró la cancela de la entrada.

Uberto frenó los caballos y miró alrededor. El valle estaba en silencio. El poblado se elevaba sobre una colina circundada de murallas. En lo alto descollaba un castillo con torreón en cuyas almenas ondeaban los estandartes reales.

En aquel preciso momento, una pequeña tropa de soldados emergió por entre los matorrales y rodeó el carro. Todos vestían de la misma manera: corazas de metal, yelmos provistos de nasal y sobrepellices rosas. El más grueso e hirsuto del grupo se acercó al vehículo esgrimiendo una lanza.

—¡Deténganse, señores! Están en una guarnición del rey de Castilla.

Ignacio, que había previsto semejante eventualidad, hizo señas a sus compañeros de no perder la calma, alzó las manos y bajó del carro.

—Me llamo Ignacio de Toledo. Soy mercader de reliquias y me encuentro aquí por orden expresa de Su Majestad, el rey Fernando III.

Se abrió paso un segundo soldado.

—¡No me fío de estos malandrines! —Escupió al suelo y desenvainó la espada—. Para mí que son espías del emir.

—Si así fuera, acabarían como éstos —exclamó con una risotada un tercero mientras señalaba a cuatro ahorcados en un terraplén.

En absoluto intimidado, Ignacio se volvió al soldado hirsuto, que a pesar de su aspecto parecía ser más razonable.

—Poseo una misiva con el sello del monarca como prueba de lo que afirmo. —Señaló su talego—. Si lo deseáis, os la muestro en el acto.

El armígero dijo que sí mientras pedía silencio a sus conmlitones.

El mercader de Toledo le presentó un pergamino, pero sabedor de que ninguno de ellos sabía leer, añadió:

—Mirad el sello y lo reconoceréis sin duda.

El soldado tomó el documento, barrió con la mirada las líneas de tinta y se fijó en el marchamo sellado con cera.

—Sí, es el sello regio. —Devolvió el documento e hizo una inclinación con la cabeza—. Disculpen, señores, esta ruda acogida, pero es que hay algunas tropas mahometanas acampadas a poca distancia de aquí y de vez en cuando intentan infiltrar a sus espías en nuestra guarnición. Descuiden, que ahora mismo hago una señal para que los dejen entrar. —Se volvió hacia los muros y gesticuló en dirección de una torreta de madera situada junto a la entrada. Un centinela respondió agitando una antorcha.

—Prosigan hasta la entrada —gruñó el soldado lanzando una última mirada a los viajeros—. Cuando se encuentren más cerca, levantarán la reja de la entrada y los dejarán pasar. Bienvenidos a Andújar, la antigua ciudad de Iliturgis.

Ignacio se subió al carro de nuevo, y Uberto azuzó a los caballos para reanudar la marcha.

Dejaron a sus espaldas el cinturón fortificado y prosiguieron a través de lo que hasta hacía poco había sido un floreciente centro agrícola y artesanal. Las calles estaban bordeadas de construcciones de todo tipo, todas ellas abandonadas y ennegrecidas por el fuego. Los únicos edificios que aún daban señales de vida eran las tabernas, a cuyas puertas charlaban animadamente corrillos de soldados borrachos.

La plaza del mercado albergaba los vivaques de las tropas, entre ellos algunos soldados bereberes, acuartelados a cierta distancia de las milicias regulares. Uberto los observó con curiosidad. Vestían un uniforme ligero y un manto con capucha, el *burnus*. Por extraño que pareciera, aquellos hombres pertenecían a los destacamentos camelleros del norte de África.

—No te extrañes de la presencia de guerreros moros —señaló Ignacio a su hijo—. El califa del Magreb se ha aliado con Fernando III. Por eso le ha mandado refuerzos.

—Pero Fernando está combatiendo contra el emirato de Córdoba. ¿Por qué un califa mahometano debería ayudarlo?

Ignacio se encogió de hombros.

—Ésta no es una guerra de religión, sino de intereses.

—Como todas las guerras —terció Willalme.

Cuando ya se hallaban en las inmediaciones del castillo, les salió al encuentro un jinete con el caballo enjaezado portando un escudo decorado con una cruz floreada.

—Señores míos, no podéis seguir adelante —les advirtió con tono cortés—. A menos que tengáis un permiso.

—Lo tenemos, señor mío —aseguró Ignacio—. Nos espera Su Majestad.

—Es mi deber asegurarme primero y después escoltaros hasta su presencia.

El mercader de Toledo le mostró la misiva contraseñada con el sello regio. El caballero la cogió en su mano enguantada de hierro, la leyó atentamente y la devolvió.

—Estáis en regla, a lo que parece. —Se bajó la cofia de la coraza, descubriendo un juvenil rostro bronceado—. Me llamo Martín Ruiz de Alarcón. Seguidme, os indicaré dónde se encuentran los establos.

Llegados allí, el caballero invitó a los tres viajeros a confiar el carro y los caballos a un caballero, y a continuación todos prosiguieron a pie hacia el centro del castillo, donde se erigía el torreón.

Entre tanto ya se había hecho de noche, y las centinelas estaban encendiendo fuegos alrededor del perímetro amurallado.

—Su Majestad se aloja en lo alto de la torre del homenaje —explicó Alarcón—. A esta hora debe de estar departiendo con los dignatarios y el consejo de guerra.

Subieron por una escalera lóbrega hasta la parte más alta del torreón. En las paredes de piedra, desprovistas de todo adorno, sólo se distinguían manchas de humo producidas por las antorchas.

—No os extrañe el mal estado del lugar —trató de tranquilizarlos el caballero al notar las miradas de asombro de los tres visitantes—. Su Majestad sólo acude raras veces aquí, para fines estrictamente militares. Pero estos

muros tienen mucha historia: se remontan hasta los tiempos de Carlomagno.

—Después de todo —intervino Uberto intercambiando una mirada cómplice con Willalme—, este castillo no es más que una cabeza de puente con Córdoba. Todo el mundo sabe que Fernando el Santo está planeando un ataque final contra el emirato.

—Los designios de reconquista de Su Majestad son más que lícitos —comentó Alarcón con una mueca condescendiente—. Pero yo en vuestro lugar evitaría llamarlo el Santo en su presencia. Fernando de Castilla es bastante susceptible con respecto a ciertos epítetos, por inocuos que éstos sean.

—Disculpe el descaro de mi hijo. —Suspiró Ignacio ocultando bajo la barba una risita complacida. Con el paso del tiempo, Uberto iba manifestando rasgos cada vez más parecidos a los suyos, sobre todo cierta intolerancia hacia las formas de autoridad y el gusto de incomodar a quienes practicaban la obediencia ciega. Pero en otros aspectos era muy distinto a él: su mirada y sus propósitos eran siempre transparentes como el agua de la fuente, mientras que él, Ignacio, tenía un carácter más huidizo y lleno de secretos. La experiencia le había enseñado a callar sobre ciertos asuntos, en especial sobre los arcanos del saber. En el pasado, el ser mal interpretado casi le había valido la acusación de nigromante.

Superado un segundo tramo de escaleras, llegaron a una antecámara recubierta de tapices, donde se aglomeraba un gran número de soldados y criados.

—Esperad a que os anuncie; después, entrad de uno

en uno, sin prisas. —Alarcón lanzó una última mirada a Uberto, esta vez a modo de amonestación—. Y no abráis la boca si no sois interpelados.

Tras una breve espera, la compañía recibió permiso para pasar.

El mercader se puso delante; dejada atrás la antecámara, atravesó con pasos medidos una sala muy espaciosa. De las paredes colgaban innúmeros iconos sagrados —más de lo habitual— cual válvulas de escape de una devoción maníaca.

En el centro de la sala se hallaba sentado Fernando III de Castilla, un hombre de unos treinta años vestido con un manto de terciopelo azul y una túnica de cuadros. Tenía unos cabellos largos color castaño que le caían por la frente a modo de flequillo, una barba incipiente que ponía de relieve su barbilla huidiza y unos ojos color celeste que parecían perdidos en el vacío. Varias personalidades conformaban su séquito: consejeros, religiosos, aristócratas... Alarcón, que se les había unido, se hallaba departiendo porfiadamente con un individuo armado hasta los dientes y un tanto singular, pues tenía la cara tapada por una jacerina con sólo dos aberturas para los ojos.

Después de reparar en todo ello, el mercader de Toledo se postró delante del rey y le rindió homenaje mediante el rito del besamanos. Uberto y Willalme se le acercaron y arrodillaron a su lado.

Fernando III entreabrió los labios, dando a entender que quería hablar, y en la sala se hizo el más completo silencio.

—Así que vos sois Ignacio Álvarez. —El tono de voz del monarca era bajo, casi flemático—. Vuestra reputación tiene algo de sensacional. Se dice que en vuestra juventud os negasteis a ser *clericus*, e incluso *magister*, prefiriendo llevar una vida errante. No negamos que ello nos produce cierta curiosidad.

—Yo no tengo nada que ocultar, sire. —Ignacio sopesaba bien las palabras—. Pregunte y será contestado. Pero ha de saber que yo soy un hombre sencillo, desprovisto de talentos especiales.

—Eso lo juzgaremos nosotros, maestro Ignacio. —Fernando III aguzó la mirada como para comprobar la sinceridad del interpelado—. Estamos al corriente de vuestras empresas. Se cuenta, entre otras cosas, que en 1204 llegasteis a Constantinopla y os pusisteis al servicio del dux de Venecia, pese a haber sido éste excomulgado. Sabed que no toleramos semejante conducta. Una familia ligada a nuestro nombre no debe apoyar a los perseguidos por la Santa Sede, por muy nobles o caudillos que sean. —Suspiró—. Pero seremos magnánimos y pasaremos por alto vuestros deslices si aceptáis nuestras peticiones.

—¿Por qué os dirigís a mí?

Fernando III esbozó una mueca de fastidio.

—Vuestro padre, hombre de rara inteligencia, sirvió a esta casa hasta su muerte y se condujo siempre de manera impecable. De vos exigimos la misma obediencia.

Uberto prestaba atención a cualquier matiz de lo que se le decía, desde el *pluralis maiestatis* del monarca al tono evasivo acerca de su padre, pese a lo cual no lograba abstraerse de un detalle un tanto curioso. Fernando tenía en

una mano una estatuilla blanca con forma de mujer, que de vez en cuando acariciaba con gestos inquietos, cuasi infantiles. Quiso recordar algo sobre aquel objeto: era una virgen de marfil de la que el monarca no se separaba nunca, ni siquiera en el campo de batalla.

El monarca siguió hablando:

—Sobre todo, maestro Ignacio, juzgaremos vuestra obediencia en base a vuestro proceder en el futuro. Os espera una misión importante. Por eso se os ha convocado.

El mercader levantó la mirada para buscar en la del rey algún preanuncio de lo que esperaba; pero sólo vio dos ojos inexpresivos, relucientes como la porcelana. Ya se había encontrado antes en situaciones parecidas. No era inhabitual que sus servicios fueran solicitados en las cortes de grandes señores interesados en recuperar reliquias de santos u objetos extraños ocultos en lugares lejanos e inaccesibles. Sin embargo, no acertaba a adivinar lo que quería el rey de él. Por otra parte, le molestaba que se mencionara tanto la palabra «obediencia».

—Levantaos, maestro Ignacio. —El tono de Fernando III delataba cierta animosidad—. Decidme, ¿habéis oído hablar del secuestro de nuestra tía, la reina Blanca de Castilla?

Ignacio no supo qué contestar. En los últimos años, las maniobras de los reinos de Castilla y Francia reflejaban de manera más o menos explícita la voluntad de dos hermanas, hijas legítimas del difunto rey Alfonso VIII de Castilla. La primera, Berenguela, era la madre de Fernando el Santo y, si bien no ostentaba directamente el poder, le ha-

bía inculcado a su hijo unos rígidos principios religiosos, que lo impelían a expandir el reino y a lanzar una Cruzada contra los moros de España. La segunda, Blanca, desposada con el rey francés Luis VIII, llamado el León, y viuda desde hacía poco, había tomado personalmente las riendas de Francia, dada la escasa edad del delfín.

Blanca se había revelado una regente de mano férrea, no sólo manteniéndose firme frente a una camarilla de barones reacios a servir a una mujer de sangre castellana, sino también fomentando la Cruzada contra la herejía cátara emprendida por su marido en tierras del Languedoc. Dicha conducta, que le había acarreado muchas enemistades, le había asegurado en cambio el apoyo de la Santa Sede y, sobre todo, del cardenal Romano Frangipane, el legado pontificio.

Ignacio pensó que el secuestro de la reina Blanca encajaba a la perfección con aquel enredo político. Pero como él no sabía nada al respecto, bajó la mirada e hizo un gesto negativo.

—Lo lamento profundamente, sire. Aunque mantengo relaciones con diversos comerciantes y viajeros de Francia, no tengo conocimiento de nada relacionado con este asunto.

—Así que es cierto; la noticia no se ha difundido aún. —Fernando III apoyó la estatuilla sobre un brazo y lanzó una mirada al armígero con cota de mallas; después, se dirigió nuevamente al mercader—. Es preciso actuar con rapidez, y con la mayor circunspección.

—¿Debemos socorrer a la reina Blanca de Castilla?
—La voz no era de Ignacio, sino de Uberto, incapaz de

contener el estupor. Todas las miradas de la estancia convergieron inmediatamente en él.

El mercader de Toledo se sintió invadido por una oleada de confusión. Le molestaba lo indecible quedar en evidencia.

—Disculpad la impertinencia de mi hijo, Majestad. —Lanzó una mirada severa en dirección al consternado Uberto y después clavó los ojos en la alfombra persa que tenía bajo los pies—. Os ruego lo disculpéis.

—No vemos por qué —contradijo el monarca—. Lleva toda la razón.

—Pero, ¿cómo, Majestad? —Ignacio volvió a levantar la mirada, el ceño fruncido—. Nosotros somos una simple familia de mercaderes...

—Sabéis perfectamente que eso no es del todo cierto. De todos modos, vuestro papel en la misión será marginal: la acción principal recaerá sobre quien corresponda.

El monarca dirigió de nuevo la mirada hacia el grupo de congregados, y a una indicación suya, se acercó el hombre cubierto con la cota de mallas, el cual pasó junto al atónito Ignacio, hizo una elaborada inclinación ante el regente y se situó a su izquierda.

Un segundo ademán de Fernando III hizo que cesara el rumor que resonaba en la estancia.

—¿Sabe, maestro Ignacio? Este hombre dirigirá el aspecto estratégico y, en caso necesario, las acciones bélicas conducentes a la liberación de nuestra tía Blanca de Castilla. —Acto seguido, invitó al misterioso armígero a revelarse.

—Por favor, mosén Felipe, mostrad el rostro.

A tal petición, el hombre se llevó las manos a la cabeza y se quitó la malla de acero que lo cubría, revelando un rostro de rasgos duros, semejante a una máscara de cobre. Pero lo que más temible lo tornaba eran los ojos, animados por una inteligencia poco común.

Sin manifestar estupor alguno, Ignacio recordó haber encontrado a aquel hombre años atrás. Un intercambio de susurros a sus espaldas confirmó que Willalme y Uberto estaban intercambiando unas palabras sobre el mismo asunto.

—Mosén Felipe de Lusiñano —exclamó—, me alegra de volver a encontrarlo con salud después de tanto tiempo.

—A mí me alegra igualmente que os acordéis de mí, maestro Ignacio —respondió el armígero frunciendo los labios con una sonrisa.

—¿Cómo no me iba a acordar? Me beneficié de vuestra escolta mientras me encontraba viajando por Burgos. Han pasado casi diez años desde entonces, pero aún me siento en deuda con vos.

—Os ruego que no sintáis ningún tipo de obligación para con mi persona. No me supuso ningún sacrificio ayudaros. Pero, en fin, si realmente insistís, tal vez en el futuro tengáis ocasión de saldar la deuda.

—No hay tiempo ahora para formalismos —los interrumpió Fernando III—. Nos apremian unos asuntos de suma urgencia. Mosén Felipe, tenga la cortesía de explicar la situación.

Felipe posó la jacerina y los guantes de hierro sobre un caballete y empezó a hablar:

—Durante la Cuaresma que acaba de concluir se convocó en Narbona un concilio para debatir sobre una Cruzada contra los cátaros de Languedoc. En tal ocasión, se lanzó un anatema contra los condes de Tolosa y de Foix, coaligados con los herejes contra Blanca de Castilla. —Marcó una pausa para permitir a los presentes memorizar las noticias—. La reina juzgó oportuno asistir a dicho concilio, pero desde entonces no hemos tenido noticias de ella. Éste es el asunto: Blanca parece haber desaparecido como por ensalmo. —Fijó la mirada en el mercader de Toledo—. Algunas voces afirman que ha sido secuestrada y que se encuentra prisionera en el sur de Francia, en manos de un tal conde de Nigredo. No sabemos nada más.

Ignacio se acarició la barba, pensativo.

—¿De dónde proceden esas noticias?

—Del venerable Folco, obispo de Tolosa —respondió Felipe—. Se ha tenido conocimiento del hecho durante el exorcismo de un poseso.

—¿Un exorcismo?

Felipe de Lusiñano extendió los brazos con gesto evasivo.

—No se nos ha comunicado nada preciso al respecto. Monseñor Folco espera una delegación nuestra para dar más noticias —tras una pausa, prosiguió con tono más persuasivo—: Comprendo vuestro desconcierto, maestro Ignacio, y en parte lo comparto. Las palabras de un poseso son unos indicios muy vagos, pero la desaparición de la reina Blanca es un hecho concreto. Sobre eso no existe duda alguna. Al menos sabemos por dónde iniciar las pesquisas.

—Aunque convengo con vos, sin embargo no entiendo para qué podría servir yo.

El mercader se volvió hacia Fernando III, pero su mirada se chocó con una expresión vítrea.

—Se trata de sutilezas diplomáticas en las que yo no tengo experiencia alguna...

Como respuesta a dichas palabras, una voz resonó desde el fondo de la estancia.

—Ignacio Álvarez, ¿qué acabas de decir? ¿Te niegas a comprometerte, como solías hacer cuando eras pequeño?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ignacio. Conocía aquella voz, pero no la oía desde hacía muchísimo tiempo. Entre los cortinajes detrás del tono, vio emerger la silueta de un hombre, de un anciano enjuto de pelo cano y piel oscura como la cáscara de un dátil. Vestía una túnica parecida a la de un monje, pero más elegante.

Salido a la luz de las antorchas, el anciano hizo una inclinación mirando al monarca.

—Ya he escuchado bastante, sire. Permitidme participar en la conversación.

Fernando III asintió.

—Hablad, pues, *magister*.

Ignacio, que había asistido a la escena con un estupor en aumento, se acercó a aquel viejo y, sin quitarle los ojos de encima, le cogió una mano y se postró delante de él.

—Maestro Galib, ¿sois vos de veras?

El vejete sonrió, enarcando unas cejas blanquísimas.

—Sí, hijo, soy yo mismo.

Mientras lo miraba maravillado, el mercader evocó su primer encuentro. Corría el año 1180 y aunque aún era un niño, Ignacio fue admitido en la Escuela de Toledo. Para su padre aquello fue motivo de orgullo, pues en dicho lugar se desarrollaba la monumental obra de traducción de los manuscritos procedentes de Oriente. El maestro Galib era a la sazón un brillante joven de veinticinco años que se encargaba de la instrucción de sus discípulos y ayudaba al docto Gerardo de Cremona, que se había instalado en Toledo expresamente para traducir al latín los tratados de los filósofos árabes y griegos.

Fue precisamente Galib quien se ocupó del joven Ignacio e insistió para que se iniciara en el estudio del latín, al reconocer en él una inteligencia poco común. En ese período, Gerardo de Cremona estaba demasiado ocupado para reparar en aquel muchacho, pero un poco después lo llamó a su lado e hizo de él uno de sus discípulos preferidos. Lo cual no habría podido ocurrir sin la mediación de Galib.

—Os creía muerto —admitió Ignacio abrumado por los recuerdos—. Nadie tenía la menor idea de a dónde habíais ido a parar.

—Simplemente me alejé de Toledo —respondió el *magister*—. Seguí enseñando unos años más tras la muerte de Gerardo de Cremona, y después decidí ponerme al servicio del rey Fernando. —Su sonrisa se resquebrajó, revelando un cansancio profundo, completamente interior—. El Señor ha querido mofarse de este pobre viejo regalándole una longevidad fuera de lo común...

Ignacio tenía un sinfín de preguntas que hacerle a Galib, pero éste se anticipó:

—No puedes rechazar esta misión, hijo mío. Tu participación es de vital importancia.

—Explíquese, *magister*.

—No me refiero a las informaciones que el obispo Folco dice haber recabado durante un exorcismo. —El anciano alzó un índice huesudo—. Yo ya he oído hablar del conde de Nigredo, y estoy al corriente de la fama que lo rodea. Es un adversario temible, un alquimista. Por ese motivo es preciso que acompañes a mosén Felipe hasta el condado de Tolosa e indagues a su lado sobre la desaparición de la reina Blanca. Yo sé bien lo que me digo. Tú fuiste con mucho el mejor discípulo de Gerardo de Cremona, especialmente en el terreno de las ciencias herméticas y de la exploración de las cosas ocultas. También estoy al corriente de que decidiste emprender el oficio de mercader para profundizar en este tipo de conocimientos durante tus viajes. No puedes negarlo.

—Un alquimista... —Ignacio había asumido de nuevo su habitual impasibilidad—. Así que habéis sido vos quien ha propuesto mi nombre para esta misión...

—Sí. —El viejo cruzó los brazos. Su cuerpo diminuto parecía más encogido todavía entre los pliegues del hábito—. El rey Fernando me ha pedido que le proponga al hombre más idóneo, y yo he pensado enseguida en ti. Yo habría ocupado gustosamente tu lugar, pero ya soy demasiado viejo para afrontar semejantes empresas. Así, pues, ¿qué piensas hacer?

El mercader se volvió en dirección de Uberto y Willalme, leyó en sus rostros perplejos, y finalmente respondió:

—Acepto el encargo. —Esbozó una media sonrisa—. Después de todo, no me parece tener derecho de réplica a una orden del rey.

—Bien, entonces —volvió a intervenir Felipe de Lusiñano, que había escuchado con sumo interés— partiremos mañana mismo. Esta noche repostaréis en el castillo, en una estancia situada a los pies de la torre del homenaje.

—Muy bien. —Las facciones de Fernando III se habían distendido—. Ahora que está resuelto el asunto, podemos prepararnos para la cena. —Y mientras decía esto batió las manos—. Naturalmente, maestro Ignacio, estáis invitado a asistir a ella junto con vuestros acompañantes.

Dicho esto, el monarca se puso de pie y atravesó la estancia en dirección a la salida mientras un séquito de nobles porfiaba por seguirlo de cerca a empujones. En vez de unirse a aquella compañía, Ignacio se apartó en un rincón de la sala. No estaba acostumbrado a formar parte del séquito de nadie. En ese momento, una mano huesuda lo agarró de un brazo.

—Sígueme, hijo —le intimó Galib—. Conozco un atajo para el comedor.